

APUNTES SOBRE EL PROCESO DE CREACIÓN DE LA NOVELA HISTORICA *LA CICATRIZ* (EDICIONES B, 2008)

Daila Alejandra Prado
Universidad Nacional de Río Cuarto

Trataré de exponer, en mi carácter de autora, los distintos problemas, disyuntivos o alternativos que se me presentaron en el proceso constructivo de una novela que, por estar incluida en la clasificación o subgénero de *histórica*, presenta particularidades, diferentes a las relacionadas con una novela, a secas. Más allá de que en la editorial no dudaron en integrarla en la colección Histórica de su catálogo, coincido en la pertinencia de dicha clasificación, y paso a hacer algunas consideraciones.

CARACTERISTICAS DE LA NOVELA HISTORICA

En puridad, creo que toda novela es histórica. El sustrato de la novela, aun una de ciencia ficción por ejemplo, tiene que ver con la época y con las condiciones de la época. Algo, incluso a pesar del autor, revelará el espíritu de una era determinada, y de un lugar determinado.

Es cierto también que hay novelas más históricas que otras. *Soy Roca*, de Félix Luna, es histórica de principio a fin. En cambio *La revolución es un sueño eterno*, de Andrés Rivera, es discutible, a pesar de que el protagonista es Mariano Moreno (al respecto, es oportuno recordar que el propio Rivera se fastidia cuando le preguntan si sus novelas son históricas: lo considera una especie de desmedro). En el mismo tenor, es difícil ubicar a *Fuegia*, de Eduardo Belgrano Rawson, aun cuando la novela narra en tono épico la aventura de indios fueguinos y su encuentro con Fitz Roy. Quizá *Fuegia* se inscriba en un registro antropológico, más que histórico. *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez, hace honor a su nombre y tiene más de novela que de histórica, incluso si se toma en cuenta que el protagonista es un personaje histórico por antonomasia.

La elección del personaje (real o no) es un primer punto de partida, pero no el único ni el determinante. Porque, la novela puede ser histórica y el personaje, inmerso dentro de esa historia real, puede ser de ficción (Cristina Bajo en su primera novela *Como vivido cien veces*, ubica a una familia imaginaria, los Osorio, dentro de las coordenadas históricas de la provincia de Córdoba en 1820). Sin embargo, lo más habitual es que el personaje haya existido y se conserven, acerca de su vida y obra, algunos testimonios comprobables.

He mencionado más arriba a la novela *Fuegia*, de Eduardo Belgrano Rawson; añado unos comentarios del autor que ilustran la dificultad con la que casi todos los autores se encuentran, en algún momento. En una entrevista en el Diario Clarín de 1999, expresó: "Tenía tema, principio, remate, todo. Y ése era el problema. Y de tal calibre que a medida que trabajaba advertí que nunca iba a poder contar esta historia. Porque era historia. Y ahí empiezan los problemas para un escritor. No es fácil abordar el pasado. El problema para los escritores que nos aproximamos a la historia es cómo sacarnos de encima la historia..." Sin

embargo y a pesar de estas declaraciones, en la misma entrevista el autor dice: "Me gustaría que después de leer este libro el pasado argentino se leyera diferente".

En esa grieta que señala Belgrano Rawson –lábil, a veces traicionera- se debatió también el espíritu de *La Cicatriz*, cuando aun yo no había escrito las primeras líneas. ¿Cómo respetar la historia, pero no respetarla tanto al punto de que ahogara la búsqueda de un lenguaje literario ?

LAS PRIMERAS DEFINICIONES

Manuel Baigorria (1809-1875) nació en San Luis; cuando tenía poco más de veinte años se exilió entre los indios ranqueles, huyendo del régimen rosista. Permaneció dos décadas en las tribus ranquelinas, y llegó a ser un referente, una persona respetada, sobre todo por su valor y arrojo en combate. Juan Manuel de Rosas solicitó varias veces su cabeza, pero los ranqueles nunca lo entregaron.

La elección de Manuel Baigorria como protagonista de una obra que siempre pensé como novela, y no como ensayo o biografía, fue para mí determinante, pues me ubicó de inmediato frente a dos grandes alternativas: tomarlo en su carnadura real, y dramática, o pulsar una cuerda diferente, vinculada con la sátira, la desdramatización de lo dramático mediante el recurso del humor y la ironía, tomados ambos como un disloque de lo real. Mis inclinaciones como lectora no van en dirección de la segunda alternativa, y como es verdad que cada quien escribe lo que le gustaría leer, la decisión resultó sencilla.

Sin embargo, el personaje/protagonista elegido tiene la particularidad de haber escrito –o dictado- sus Memorias. Nuevamente, la paradoja: aquello que ayuda, también constriñe.

En cuanto a las *Memorias* de Manuel Baigorria, en el tiempo en que empecé a procesar material para la futura novela, había solo dos ediciones disponibles: una, publicada por Eudeba en 1977, con prólogo de un familiar directo, Santiago Baigorria, que residió muchos años en Río Cuarto; la otra, de Solar, 1975, en la colección Pasado Argentino, dirigida por Gregorio Weimberg, con prólogo de Félix Luna. Antes, las Memorias habían sido publicadas por la Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Tomo II, 1938. Ahora y a partir de 2004 disponemos de otra publicación, debida a El Elefante Blanco, con comentarios de Meinrado Hux.

Con estos libros que recogen las memorias del coronel Baigorria, traté de hacerme una idea aproximada acerca de su carácter. Y pendulé, constantemente, entre el deseo de ser fiel a esa autobiografía, y la necesidad de soltarme. Al igual que mi personaje, transité una frontera, y viví en ella durante todo el proceso de escritura. Pero si hay alguien que encarnó la frontera, como actitud vital y también, por supuesto, como símbolo, es Manuel Baigorria. El era la frontera, y hasta su marca física (la cicatriz en su rostro) lo demostraba. Tuvo la suficiente inteligencia, o capacidad, o astucia, o falta de escrúpulos, o simplemente suerte, para internarse en dos conflictos a la vez, y sobrevivir. No es posible pensar a Manuel Baigorria en otro lugar que no fuera el que ocupó,

entendiendo el *lugar* como la definición dada por Marc Augé: “un espacio que se define como fuente de identidad, de relaciones y de historia”.

En efecto, la vida de Baigorria está soldada a estas dos grandes luchas que afligieron al país. El conflicto entre unitarios y federales, y el conflicto entre cristianos e indios. Aunque el conflicto interétnico era preexistente, las condiciones no fueron las mismas; por ejemplo, Baigorria pudo permanecer entre los indios porque los caciques Yanquetruz y Pichún lo apoyaron, pero Mariano Rosas, varios años después, no hubiera hecho lo mismo, pues nunca confió del todo en Baigorria. Por otro lado, posiblemente el destierro de Baigorria no hubiera sucedido de no haber estado en el poder Juan Manuel de Rosas. De manera que la época signó absolutamente el destino de este hombre.

Con un contexto histórico tan determinante para el personaje, no había margen para soslayar ese contexto; esta particularidad se sumó a mi intención manifiesta de contribuir, desde un modesto lugar, a revelar o resaltar o recordar aspectos de la historia de la frontera sur, tan rica, tan variada, tan extraordinaria. Cuando digo: frontera sur, digo también y fundamentalmente Córdoba, San Luis, Mendoza, incluso Santa Fe; no digo Buenos Aires, porque, haciendo una reducción bastante simple, señalo que en general los cordobeses sabemos más de Calfucurá, que era salinero y habitaba en los límites de Buenos Aires, que de formidables caciques ranqueles como Galván, Painé y algunos otros que tuvieron contactos –no siempre guerreros– con la gente de nuestros lares.

Además de lo relacionado con la frontera sur, el conflicto unitarios-federales imponía su entidad. Y una pregunta comenzó a sobrevolar la obra: ¿por qué Manuel Baigorria se vuelve unitario? La formulación de la pregunta puede corresponder tanto a historiadores, como a sociólogos, estudiosos de las ciencias políticas, y también a escritores. ¿Por qué un criancero puntano adhiere a las ideas unitarias, cuando todos en las provincias se declaraban federales? ¿Por qué defender la hegemonía portuaria de Buenos Aires, si nació y vivió siempre en una provincia mediterránea, pobre de recursos naturales, a la que no le llegaban casi ni las sobras de lo recaudado en el puerto? Hay que señalar también que Manuel Baigorria no era –ni mucho menos– un intelectual, ni tenía aspiraciones en ese sentido, que hubieran podido explicar en parte su adscripción a las ideas unitarias. Hay que recordar además que Baigorria era un confeso y ferviente católico; ¿no hubiera sido más lógico adherir a consignas de Facundo Quiroga, al menos las consignas de los primeros años de lucha, con banderas que decían: “Religión o muerte”?

La pregunta no es casual ni baladí; su respuesta ha sido –sigue siendo– fundamental para explicar la historia y, por sobre todo, el presente. Porque podemos tomar el caso individual de Manuel Baigorria como muestra de un amplio sector de la sociedad. Pero, en el caso de Baigorria, no pude responder a cabalidad la pregunta formulada, que me hubiera permitido comprender más profundamente sus características personales, y también las condiciones generales de la época. Esta manifiesta imposibilidad me llevó a sesgar el asunto, apenas a inicialarlo. Escuetamente escribo en la novela que las razones por las cuales Baigorria es unitario son económicas; en parte creo que es cierto, pero la complejidad misma de la dicotomía (a veces los unitarios actuaban como federales, y viceversa) deja esa explicación en el plano de la insuficiencia. Es muy probable que en el caso particular de Baigorria haya incidido también la

lealtad o el compromiso de tipo moral con quien actuó como su mentor, Luis Videla; aún así, el entramado de razones tiene que haber sido más denso. De esta densidad, casi no he podido dar cuenta en la novela. Conciente de mi limitación en ese plano, tampoco quise apelar a recursos de la inventiva, ni de la especulación, pues considero que la significación del problema o conflicto no lo permite ni amerita. De modo que la Historia me tendió una celada, en la cual aún me debato, y como consecuencia, también la novela.

LENGUAJE

¿Cómo se hablaba en los años treinta, cuarenta, cincuenta del siglo XIX? Más allá del *capital acumulado* que, en ese sentido, me aportan las lecturas centradas en esas décadas, mi primer acto reflejo fue revisar las *Memorias* de Manuel Baigorria; sin embargo, confirmé de inmediato lo que intuía: las *Memorias* no serían un elemento de ayuda, salvo algunas excepciones –pocas-. La causa: Manuel Baigorria no tuvo ninguna intención de reflejar modismos que, seguramente, él consideraba vulgares. Al contrario; debió haber aspirado a un discurso lo más *correcto* posible, y el discurso, entonces, termina por ser lavado. Además de lavado, casi impersonal, no olvidemos que está escrito en tercera persona, y no en primera, como hubiera sido lo natural. Este apartamiento intencional, esta toma de distancia entre el sujeto del relato y lo relatado, también permite sospechar que eligió un lenguaje que consideraba *elegante*, o *no vulgar*. De modo que apenas unas pocas expresiones me sirvieron para tomar como referencia de lo que debió haber sido la oralidad de la época. Utilicé algunas, por ejemplo: *tirar marcha*, por marchar; otras no las incorporé: “que le diga en qué tiempo ha sido su doméstico”. En este caso la palabra *doméstico*, con la acepción de sirviente, me pareció demasiado moderna y, supuse, que tal vez a los lectores les llamaría la atención en el mismo sentido.

Una de las fuentes más confiables a la hora de componer un lenguaje que pretendía con cierta coherencia y sujeción al lenguaje real, fueron los documentos. Los expedientes del Extinguido Cabildo de la Villa de la Concepción (actualmente en el Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto) me ayudaron mucho, aún cuando puede haber –de hecho la hay- una diferencia de años, que pueden ser décadas incluso, pues el Cabildo de Río Cuarto, al igual que los de toda la provincia, funcionó hasta 1825. De todas maneras, los usos de los hablantes no se modifican de un año para otro, y consideré que lo reflejado en los documentos mencionados era un aporte válido. Los expedientes, en algunos casos, tienen la ventaja de transcribir textualmente (o casi) frases enteras, expresiones y palabras. Así, me enteré de que insultar a alguien diciéndole *hijo de puta* es muy antiguo, o al menos, ya se descalificaban de ese modo las personas en la zona del Río Cuarto en aquellos tiempos coloniales, coloniales tardíos y aún bien entrado el siglo XIX. Pero también hallé –y lo recojo en la novela- un término que en la actualidad no utilizamos como ofensivo: *urraca*. Es probable que lo hayan usado como sinónimo de ladrón; claro está que, si decimos, hoy, *urraca* a alguien, no lo tomará a mal, a lo sumo le causará extrañeza.

Otra fuente a la que apelé fue el libro “*Cantares históricos de la tradición Argentina*”, con selección, introducción y notas a cargo de Olga Fernández Latour. Dicha edición estuvo a cargo de una Comisión nacional Ejecutiva del 150º

Aniversario de la Revolución de Mayo, integrada por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia y el Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas. El volumen tiene la transcripción de los cantares históricos y a continuación las valiosas referencias históricas de la autora. Por ejemplo, de allí (Fernández Latour 1960: 40) tomé los versos que aparecen en la novela:

*Dicen que Quiroga viene
Sentadito en una silla
A darle los buenos días
Al jetón de Echeverría.*

*Dicen que Quiroga viene
Caminando por la escala,
dicen que viene a hacer balas
De las barbas de Barcala.
Legajo 122, Ojo del Río, San Luis
Informante: Carmen Leiva, 77 años en 1921.*

En los Cantares Históricos aparece una cuarteta donde se lo menciona a Río Cuarto, posiblemente vinculada, según la autora, también con el sitio de Facundo Quiroga a la Villa de la Concepción del Río Cuarto, en marzo de 1831. (Fernández Latour 1960: 12).

*Ñatito, te mando el sable;
No va como yo quisiera:
en el Clé se hizo la vaina,
En Río Cuarto la contera.*

Asimismo, tomé del mencionado libro (Fernández Latour 1960: 94) los cantares "para enseñar a loros y catitas", que, alternativamente, se referían a favor o en contra de uno de los partidos en pugna.

*Quiroga me dio una cinta
Y López me dio un cordón
Por Quiroga doy la vida
Por López el corazón
Truaaa...*

*Lorito overo
Del Cebollar
Por no ser perro
no soy federal
Truaaaa...*

En los Cantares Históricos confirmé el uso de expresiones tales como "apretarse el gorro", que significaba escapar, huir. Hallé también la certeza de la existencia de ciertos enseres o indumentarias, por caso las alpargatas.

Los partes de guerra que los oficiales enviaban a sus jefes también me dieron la posibilidad de tomar frases, expresiones de uso común, o ciertas palabras cuyo uso ha decrecido en la actualidad, o ha quedado fuera de época. Como ejemplo cito:

- El parte que Facundo Quiroga manda al gobernador López, dos días después de haber tomado por asalto la Villa del Río Cuarto, que se publicó en la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, y es tomado por Víctor Barrionuevo Imposti en su Historia de Río Cuarto, (Barrionuevo Imposti 1988:II,94).
- El parte del coronel Pablo Lucero, por entonces comandante general de la frontera sur, enviado el 30 de agosto de 1834 al gobernador de San Luis, José Gregorio Calderón. De este documento tomo, además, una frase textual que me pareció merecedora de ser rescatada, por su valor poético, aún a sabiendas de que lo último que pudo haber buscado Lucero, acosado por un inminente ataque ranquelino, sería el aliento poético. Se trata de "no se sabe más porque la noche nos estorba". El parte está publicado en la Historia de San Luis (Núñez 1980: 338).

Otras fuentes documentales son:

- La carta del sacerdote Serrano, enviada al general Paz, después del sitio de Río Cuarto (Barrionuevo Imposti 1988: 97), de donde tomé un término como *birlocho*, y una frase *se los ha mirado bien*, en el sentido de: se los ha tratado bien.
- Carta del gobernador Calderón a Juan Manuel de Rosas, en los últimos días de enero de 1841, publicada por Urbano Núñez (1980: 362).

Si el lenguaje en general me planteó esta serie no menor de disyuntivas, el manejo del lenguaje en particular de los indios ranqueles se me convirtió en un problema que, en un momento, creí irresoluble. Aquí debo, en plan de *mea culpa*, reconocer una vez más que todos los datos que poseemos, las informaciones que manejamos sobre los pueblos originarios –en este caso los ranqueles- están inevitablemente, lamentablemente mediatizadas por nuestra óptica, que es, en definitiva, una óptica ajena. Que es, si damos otra vuelta de tuerca, una óptica invasora, invasiva. Digo esto aún sabiendo y reconociendo los respetuosos intentos de preservación de la autenticidad de ciertos elementos, por parte de historiadores e investigadores.

Bajo este contexto indudablemente etnocéntrico, apenas si me permití incluir algunas expresiones que son reconocidas ampliamente como pertenecientes a la lengua mapudungu, como *peñi*, *chedkuí* y alguna otra. El estilo elegido para hacer hablar a los personajes ranqueles es siempre indirecto, salvo una excepción; me pareció que era la única manera de no manipular una lengua que, como todos saben, era ágrafa. Preferí que los indios ranqueles, la sociedad que formaban, sus usos, costumbres, imaginarios, valores morales y espirituales, se entrevieran a través de sus acciones, como un mínimo intento del respeto que tanto le debemos.

VIDA COTIDIANA

La indumentaria y los enseres fueron tomados principalmente de los inventarios que existen en la documentación referida al Cabildo de la Villa de la Concepción del Río Cuarto. Dichas tasaciones o inventarios eran muy puntillosos y confeccionados con todo detalle: allí aparecen las enaguas para las mujeres, las

mantillas "dos mantillas una de cien ilos color cardenillo con su sinta negra de aguas, y la otra de dos frisas, con sinta de tres dedos de ancho estampada"; para los hombres los calzones, las chupas, los sombreros, etc. Asimismo, se detallan los utensilios, "cucharas de palo", "tenedores", "candelabros de bronce", "campanillas benditas", entre muchos otros.

He tomado para los fines buscados los inventarios de bienes de personas que no pertenecieran a la elite de la clase dirigente, pues, en general, los ambientes descritos en la novela son de hogares humildes, en los que los integrantes de la familia vivían con lo indispensable; modos de vida, por otra parte, propios de los habitantes rurales y fronterizos. Inferí, en base a los testimonios y documentos de toda índole que existen, que la vida en la Villa de la Concepción no podía ser diferente a la vida de habitantes de San Luis, por ejemplo, o por extensión, de la zona cuyana.

SITUACIONES PARTICULARES

Una disyuntiva que se me planteó relacionada sobre todo con el protagonista tiene que ver con las diferentes versiones que existen en el campo historiográfico acerca de un mismo hecho. Concretamente, la oportunidad en la que Manuel Baigorria es herido en el rostro, lo que le deja como consecuencia la cicatriz. Estanislao Zeballos (1988: 99) escribe que la cicatriz de Baigorria fue originada por un hachazo que le propinan en la batalla de Laguna Amarilla, en un combate en que él estaba al frente de los guerreros ranquelinos, y del otro lado estaban las fuerzas puntanas, con los hermanos Saá en primera línea. Algunos autores puntanos (Gez, por ejemplo, y también Reynaldo Pastor) toman esta versión y la señalan, adjudicándole directamente a Juan Saá el famoso hachazo. Sin embargo, el mismo Manuel Baigorria (1977: 58) deja consignado en las *Memorias* que la herida se la infirió el "teniente o coronel Sebastián Domínguez", "en el lugar denominado Cuchicorral". Esta referencia directa a la batalla del mismo nombre, ocurrida el primero de octubre de 1836, en la banda sur del arroyo de Santa Catalina, cerca del Río Cuarto, me inclinó a tomarla como cierta o al menos, de mayor valía.

Las esposas y la descendencia del protagonista fueron elementos conflictivos para mí, debido a los escasos y confusos datos. Tomé la determinación de no pretender agotar la lista; me favoreció además el hecho de que la novela no cubre la vida entera de Manuel Baigorria. Así, no aparece en el libro una de las esposas indias más interesantes de Baigorria, como fue Lorenza Coliqueo, hija del cacique Coliqueo. Lorenza procreó, con Manuel Baigorria, varios hijos y crió, además, a los hijos pequeños que el cacique Pichún tuviera con una cautiva cristiana, Rita Castro. En cuanto a una de las mujeres que Baigorria tuvo en las tolderías, una cautiva cristiana, extranjera, de profesión actriz, existen también diferentes versiones. Estanislao Zeballos (1998: 322) menciona a "una artista dramática muy aplaudida en el Plata, que viajaba hacia Chile cuando la capturaron". El mismo autor consigna que Baigorria se casó con ella, en Trenel. María Rosa Lojo, en cambio, en su novela *Finisterre*, menciona una cautiva, actriz, española, llamada Ana Cáceres; también la hace casar con Baigorria. Norma Sosa (2001: 39) da por cierto lo consignado por Zeballos en cuanto a la actriz extranjera. Susana Dillon (2005: 170), por su lado, señala que era una "actriz dramática de extraordinaria seducción, cautivada en un malón". Un autor

o autora que he olvidado y no logro recuperar, habla también de esta cautiva que se casó en las tolderías con Baigorria, pero la nombra como María Carriere; he dejado de lado esta versión, pues queda desactualizada por las fuentes documentales que recopila Marcela Tamagnini en su libro *cartas de Frontera*. En dicho libro, *María Carriere de Omer*, efectivamente francesa, llegada junto a su familia como colonos, es secuestrada en Santa Fe, en 1878, junto a sus dos hijos y permanece varios años en cautiverio, hasta que una carta firmada por ella misma nos revela que ha sido rescatada, en 1879 (Tamagnini 1994: 277). Este documento confirma que no son la misma persona, pues la cautiva mencionada por Zeballos muere, según él mismo, en 1845, en tierra adentro.

Ante la diversidad de esas versiones, pero en la creencia que debió haber existido una cautiva extranjera de parecidas características, opté por mencionarla y adjudicarle el nombre de María, que fue aleatorio pero aún tuve en cuenta que, si la mujer era extranjera, probablemente se la hubiera rebautizado con nombres comunes, uno de los cuales pudo haber sido María. Esto lo vemos a menudo en el caso de bautizos de indias: el nombre que más aparece para reemplazar al original es, justamente, María.

VEROSIMILITUD DE LO NARRADO

Las condiciones de la época y de la vida fronteriza eran tan radicalmente tremendas que novelar alguna de esas situaciones me resultó difícil. Aún cuando todos los lectores aceptan que en una novela hay ficción, es preciso narrarla de tal modo que pueda parecer creíble. Los lectores y el narrador/narradora establecen un pacto implícito, en el comienzo de la lectura: ellos nos dan permiso para que nosotros hagamos como si las cosas existieran de verdad, aunque ambos sabemos que no es así, o que, al menos, no nos referimos a la existencia más cotidiana y en su sentido más lato. Hay que sostener este permiso inicial, a lo largo de toda la obra, a riesgo de que los lectores terminen pensando: "esto sólo puede pasar en las novelas".

La paradoja fue que, los lectores son remisos a creer los hechos que efectivamente sucedieron, y sin embargo aceptan la verosimilitud de aquellos otros hechos que no sucedieron, salvo en la imaginación de la narradora.

Una de estas situaciones está relacionada con la enfermedad de Manuel Baigorria. El mismo cuenta en las *Memorias* cómo "quedó muerto de la cintura para abajo". Y cuenta también cómo un grupo de indias, amedrentadas por la amenaza del cacique Pichún, discurrieron y pusieron en práctica un remedio que, aunque parezca mentira, terminó por curarlo de su mal. He respetado en la novela, en líneas generales, el núcleo de esa anécdota; sin embargo, resulta creíble con cierta dificultad, tal vez por la mecánica misma de lo relatado, o porque se entremezclan sensaciones subjetivas que tienen que ver con el imaginario de la sociedad ranquelina.

Otra, tal vez la paradigmática, sea la narración del fin trágico de un hijito de Baigorria, en Bahía Blanca, en ocasión de haberlo capturado los soldados de Maza junto a su madre india. En cambio, otras situaciones completamente ficcionales, no han llamado la atención de los lectores, que las han tomado como

posibles, como probables. Con lo que podríamos ratificar la tan conocida frase “la realidad supera a la ficción”.

PERSONAJES

Manuel Baigorria exigió un esfuerzo intelectual y emocional para su construcción. Fundamentalmente porque las Memorias tienen, sin duda e inevitablemente, un grado de subjetividad y de recorte que son propios de quienes rememoran su vida. Es claro que pocos memoriosos, o ninguno, dejarán estampados en el papel y para la posteridad, los costados más oscuros o más pasibles de sanción moral. De manera que, sin descreer de sus afirmaciones, las tomé como incompletas, como una parte, sustancial, pero parte al fin, de lo que pudo ser su vida, sus sentimientos, sus relaciones.

En cuanto a los otros personajes, el propio Baigorria me ayudó con algunos: por caso, la jovencita que en la novela está nombrada como Paulina. La ayuda provino, paradójicamente, de la escasa información que desliza Manuel Baigorria acerca de esta muchacha (podemos colegir dos causas: que tuviera una actitud caballerosa y discreta, o que las mujeres tuvieran para él tan poca importancia que no merecieran ni siquiera la mención del nombre propio). Baigorria (1977: 51) dice: “la muchacha, que también era de casa de los Jofré”. Puede haber sido hermana del poeta Jofré, también unitario; o puede haber sido una *agregada*, es decir, personas que trabajaban para una familia, y vivían en su casa. Norma Sosa (2007: 38) señala a la jovencita como “hermana del teniente Jofré”. Sea como sea, Baigorria la nombra en ocasión de internarse en tierra adentro (junto con Neira), un par de veces más, y luego, silencio. Ese silencio que hace Manuel Baigorria es la puerta que me permite construir un personaje que, casi en su totalidad, es ficcional. Aunque, una pauta inicial he tenido para imaginar el carácter de esta puntana, que a los quince años, decide dejar todo su mundo conocido y seguir a Manuel Baigorria a Tierra Adentro. Además, expresa (según el propio Baigorria) que ella no será sirvienta de quienes mataron a su hermano. Estos indicios me habilitaron para hacer de Paulina una mujer valerosa y decidida.

Marguerite Yourcenar dijo, en el transcurso de una de las últimas entrevistas televisivas que le hicieron, que ella había amado como a un hermano a Zenón, protagonista de una de sus novelas. No puedo decir lo mismo de ninguno de los personajes, reales o inventados, de *La Cicatriz*; quizá quien más se aproxime a ese sentimiento de cercanía y empatía, sea precisamente Paulina. Quise que esta muchacha, sola en un mundo de hombres, simbolizara también las estrategias de sobrevivencia del género, frente a situaciones inmanejables; quise que Paulina tuviera, una vez al menos, la posibilidad de elegir, aunque las alternativas no fueran las mejores, ni las deseadas.

A figuras como la de Juan Manuel de Rosas y Facundo Quiroga las he tomado al sesgo. Me pareció que para personaje fuerte y contundente, ya estaba Manuel Baigorria.

En el caso de los gobernadores puntanos, que ocupan buena parte de la obra, puse todos los medios y recursos a mi alcance para vulnerar lo menos posible la realidad histórica que les tocó transitar, y aún las características personales. Me

refiero a José Gregorio Calderón y a Pablo Lucero, que sucesivamente gobernaron la provincia de San Luis durante la época rosista. Pude acceder, mediante testimonios de viajeros, incluso mediante un retrato de Pablo Lucero, a una idea bastante aproximada de sus contexturas físicas, las que respeté en las descripciones.

A MODO DE CONCLUSION

He mencionado algunos de los problemas a los que me enfrenté con la escritura de esta novela histórica. La mayor parte del proceso creativo, sin embargo, permanece innominado, debido a su misma índole, que hace difícil la traducción. Sin embargo, reconozco un afán pedagógico, que no coincide –espero que no sea incompatible– con la intención de novelar. Me refiero al manifiesto deseo de aportar algo a la difusión de la historia de la frontera sur. La frontera sur, en provincias como Córdoba, San Luis, Mendoza, Santa Fe incluso, es poco conocida, o lo es superficialmente; esto obedece a la famosa preeminencia de la historia grande, o nacional, que nos ilustra acerca de Calfucurá, porque vivía dentro de los lindes bonaerenses, pero casi nada dice de las actitudes asumidas por caciques como Yanquetruz, Painé, Galván, entre otros.

En este sentido mi intención coincide con los esfuerzos y los logros obtenidos por historiadores e historiadoras, que en las últimas décadas optaron por desentrañar las valiosas historias regionales. Gracias a ellos y ellas, la mayoría de los cuales integra TEFROS, pude acceder a valiosos trabajos de investigación, que en algunos casos insumieron años de búsqueda, de reflexión y análisis. Sería engorroso mencionarlos a todos, porque afortunadamente para mí, son muchos los trabajos, éditos o no, que pude consultar y de los que me nutrí; espero que baste el nuclearlos en este medio de difusión que es, desde hace años, TEFROS.

Ojalá la novela histórica no sea un elemento hiriente ni convulsivo para la historia; por el contrario, sería bueno que lograra ser un complemento, otro vestido para el cuerpo del pasado, un cuerpo que tuvo sangre, carne y sentido, y que vuelve a tenerlo, cada vez que alguien lo piensa, lo reinterpreta.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGE, Mark. 1996. *Los no lugares. Espacios de anonimato*. Gedisa.
- BAIGORRIA, Manuel. 1938. *Memorias*, Mendoza, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Tomo II*.
- . 1975. *Memorias del coronel Manuel Baigorria*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- . 1977. *Memorias del coronel Manuel Baigorria*, Buenos Aires, Eudeba.
- BAJO, Cristina. 2004. *Como vivido cien veces*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BELGRANO RAWSON, Eduardo. 1999. *Fuegia*, Buenos Aires, Planeta, Edición especial para La Nación.
- BISCHOFF, Efraín. 1996. *El juego en la Córdoba del Tucumán*, Córdoba.
- CASAMIQUELA, Rodolfo. 1973. *El linaje de los Yanquetruz*, La Pampa, Consejo Provincial de difusión de La Pampa.
- DE LA CRUZ, Luis. 1969. *Viaje desde el fuerte de Ballenar hasta Buenos Aires*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- DILLON, Susana. 2005. *Las locas del Camino*, Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

- FALKNER, Tomás. 1969. *Descripción de la Patagonia*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- FEINMANN, José Pablo. 1982. *Filosofía y Nación*, Buenos Aires, Legasa.
- FERNANDEZ César. 1995. *Cuentan los mapuches*. Buenos Aires, Nuevo Siglo.
- FERNANDEZ LATOUR, Olga. 1960. *Cantares históricos de la tradición argentina*. Buenos Aires, Peuser.
- FERRERO, Roberto. 2000. *Manuel López "Quebracho" y la época rosista*. Córdoba, Corredor Austral.
- HUX, P. Meinrado. 1966. *Coliqueo el indio amigo de Los Toldos*. La Plata, Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- . 1999. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- . 2004. *Manuel Baigorria, Memorias*, Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- LOJO, María Rosa. 2005. *Finisterre*, Buenos Aires, Sudamericana.
- LUNA, Félix. 1994. *Soy Roca*, Buenos Aires, Argentina, Sudamericana.
- MARTINEZ, Tomás Eloy. 1999. *La Novela de Perón*, Buenos Aires, Planeta, Edición especial para La Nación.
- MAYO, Carlos y LATRUBESSE, Amalia. 1998. *Terratenientes, soldados y cautivos. La Frontera 1736-1815*. Buenos Aires, Biblos.
- MAYOL LAFERRERE, Carlos 1978, Revista Todo es Historia, *Crónica ranquelina de Mariano Rosas*, Buenos Aires.
- . 1981. *Juan Gualberto Echeverría*, Córdoba, Boletín del Instituto de Estudios Históricos Lorenzo Suárez de Figueroa.
- . 1996. Revista Cuarto Río, Nº 1. *Cacicazgo de Payne (1836-1844). Su muerte y sus exequias*. Río Cuarto, Municipalidad de Río Cuarto, Córdoba.
- . 1998 *Inventario y catálogo descriptivo del fondo documental del Cabildo de la Villa de la Concepción*, Río Cuarto, Municipalidad de Río Cuarto, Córdoba.
- MIGUEL, María Esther de. 1998. *La amante del Restaurador*, Buenos Aires, Planeta.
- PAGANO, Mabel. 2005. *Lorenza Reynafé*, Córdoba, Ediciones del Boulevard.
- PASTOR, Reynaldo. 1942. *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*, Buenos Aires, Kraft.
- PODUJE, María Inés, GARAY FERNANDEZ, Ana y CROCHETTI, Silvia. 1993. *Narrativa ranquel. Los cuentos del zorro*. La Pampa, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación.
- RIVERA, Andrés. 2005. *La Revolución es un sueño eterno*, España, Seix Barral.
- SOSA, Norma. 2001. *Mujeres indígenas de la Pampa y la Patagonia*, Buenos Aires, Emecé.
- TAMAGNINI, Marcela. 1994. *Cartas de Frontera*, Río Cuarto, Córdoba, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- ZEBALLOS, Estanislao S. 1998. *Callvucura, Paine, Relmu*, Buenos Aires, El Elefante Blanco.